RUBEN DARIO Y ESPAÑA

POR

GINES DE ALBAREDA

Nace Rubén Darío en Metapa, cerca del lago de Managua, el 18 de enero de 1867. Su verdadero nombre es Félix Rubén García Sarmiento. Darío era mote familiar. *Los Darío*s llamaban a la familia del padre, por haber tenido un bisuabuelo Darío, de personalidad muy acusada.

Rubén pasa su niñez en León, de Nicaragua, en casa de su tía materna doña Bernarda Sarmiento. León, de Nicaragua, es ciudad colonial, vaciada en moldes hispanos, con campanadas lentas que a Rubén, niño, producen miedo. Ciudad opaca y de cierta solemnidad tristona. En la condición y el gesto de muchas ciudades de América, España sigue viva. No me refiero a las esquirlas del corazón, a los pulsos de la sangre, sino a la memoria de las piedras. Guardan, estas ciudades, intacto, el perfil familiar con que las signaron sus fundadores, y al llegar a ellas, ahora, se podría decir lo que le decimos al muchacho que lleva en la cara los rasgos paternos: «Tú eres hijo de fulano, ¿verdad?»

Hijas de España son y españolas se muestran de perfil y de frente, por donde quiera que se las mire, pues que tienen en la manera y en el modo la expresión augusta de su linaje y de su casta: campanarios con piedras de anhelos verticales, calientes de nidos y oración; piedras pensativas de la muralla, ya con jaramagos pregoneros de gloria. Piedras de América. Apoyos de la arquería hispana. Piedras con criterio de civilización.

Los padres de Rubén estaban separados y el sensible muchacho no pudo vivir ternura de hogar propio y propicio. Quizá sea éste el motivo de suprimir, en su nombre, los apellidos García y Sarmiento. A los once años escribe versos ingenuos con finura de oído. A los catorce años enseña gramática castellana en un colegio de párvulos. A los diecisiete desempeña un cargo en la Biblioteca Nacional de Managua. Allí lee a los clásicos españoles —Santa Teresa, Cervantes, Lope, Góngora, Quevedo—, a Quintana y a los románticos, y comienza a eliminar estilos y a sentir preferencias y apasionamientos.

En 1886 hace su primer viaje a Santiago de Chile, donde vive dos años literariamente fecundos e inicia su producción con los libros *Abrojos* y *Azul...* Este último con nuevas apreciaciones líricas, con renovación de metáforas y ritmos. *Azul...* quizá habría demorado su fama, si don Juan Valera no lo hubiese elogiado en un importante artículo del periódico madrileño, *El Imparcial.* El espaldarazo de Valera le alienta y le exalta. Comienza su colaboración en *La Nación,* de Buenos Aires, colaboración que durará mientras viva. El año 1889 regresa a su Nicaragua natal y recorre El Salvador, Costa Rica, Guatemala... Su inquietud viajera no le dejará ya de por vida, y será una experiencia provechosa, una peregrinación lírica constante, de la que sacará escenarios y emociones definitivas.

Llevó, por todas partes, una vida de amores fáciles y precoces —«plural ha sido la celeste / historia de mi corazón»— y en 1890 contrajo matrimonio con Rafaela Contreras —*Stela*—. La ceremonia religiosa no pudo celebrarse hasta meses después, porque aquel día estalló la revolución en El Salvador. En San José de Costa Rica dirigió un periódico y le nació su primer hijo: Rubén Darío Contreras.

Como delegado de Nicaragua, viene a España el año 1892, para representar a su país en las fiestas del Centenario del Descubrimiento.

Rubén Darío desembarca en Santander y llega a Madrid que vibra con la conmemoración colombina. Don Marcelino Menéndez Pelayo aplaude sus versos. Núñez de Arce tiene empeños en conseguirle un empleo para que se quede a vivir con nosotros. Salvador Rueda le pide un «Pórtico» para su libro *En tropel,* y son éstas quizá las líneas poéticas que introducen en España algo —un estilo, una norma, una manera— que va a llamarse el modernismo. Campoamor, en plena gloria, le halaga con sus elogios; y don Juan Valera, fino descubridor de talentos, es quien le introduce en los medios literarios y sociales.

Finalizada su misión española, que duró unas semanas, regresa a América. Una escala en Cartagena de Indias, le hace conocer al poeta colombiano Rafael Núñez, que había sido presidente de la República. Colombia arde en romanticismos rezagados. Vibran aún los nombres de José Eusebio Caro y de Julio Arboleda. Rafael Pombo y Jorge Isaac reciben el consenso popular. Rafael Núñez consigue que el gobierno colombiano envíe a Rubén como cónsul de Colombia a Buenos Aires.

Vuelve a Nicaragua. La dulce Rafaela Contreras ha muerto. Es el año 1893. El intenso dolor que le produce la muerte de su mujer es, en parte, mitigado por el alcohol. Desde ahora en adelante será éste un procedimiento de olvido que le irá minando energía y salud.

Rafaela Contreras fue uno de los verdaderos amores de su vida atormentada, una de las raras mujeres que se interesaron hondamente, con cierta piedad maternal, en la vida del poeta.

Poco después de la muerte de «Stela», Rubén vive un capítulo de su vida, azaroso y oscuro: su matrimonio con Rosario Murillo. En torno a este episodio se han hecho muchos comentarios escandalosos. Se dice que Rosario Murillo fue siempre una sombra oscura en la vida del poeta, que le llenó de zozobras, que le colmó de sobresaltos. Y hasta se cuenta que los diputados nicaragüenses, amigos de Rubén, quisieron votar en la Cámara a favor del divorcio, con la sola finalidad de acabar con el terrible cisma conyugal del gran poeta.

Emprende su viaje a Buenos Aires. Viaje a Buenos Aires desde Nicaragua, vía Nueva York-París.

En Nueva York conoce a José Martí, que estaba incorporando la poesía norteamericana a la América española. Martí ejercerá influencia en Rubén, influencia bien dada —dice Juan Ramón Jiménez— y bien recibida.

París. La «Ciudad luz» había poblado, desde niño, los sueños del poeta. Parece ser que Rubén, muchacho, rezaba a Dios para que no le dejase morir sin conocer París. Vida bohemia, poetas decadentes, reinas del can-can, alcohol y rarezas elegantes. París fue una fascinación en el ánimo del nicaragüense que cayó, íntegro, en la tentación fácil de los poetas «malditos» y en los tópicos deslumbradores de sus vidas. París le absorbe, le domina. París es una fiebre incontenida en el alma del poeta. En París vive una vida de gran burgués, entreverada de barrio latino y de bohemia. Con lujos lánguidos, madrugadas junto al Sena, lunas dolientes..., que los poetas cantarán luego sobre las mesas de los cafés de Montmartre. Lee a Baudelaire y conoce físicamente a Verlaine, viejo ya, con ojos de fauno, perdido por el ajenjo y el vicio:

Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador;
¡Panida! Pan tú mismo, que coros condujiste
hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste,
al son del sistro y del tambor.

Enrique Gómez Carrillo es su introductor en aquellas tertulias parnasianas, simbolistas y decadentistas.

Por fin llega a Buenos Aires. Lo reciben Leopoldo Lugones, Rafael Obligado, el boliviano Ricardo Jaimes Freyre... Trabaja sin descanso durante cinco años: intensifica su colaboración en *La Nación*

y escribe los versos que formarán *Prosas profanas.* Plenitud del estilo rubeniano modernista. Eje de la nueva manera expresiva. El maravilloso libro de poemas es publicado en Buenos Aires, el año 1896, y es acogido con un éxito ruidoso. *Prosas profanas* trae un valor trascendente de novedad rítmica, de sorpresa melódica, y levanta, entre la indignación de los viejos, el regocijo de los jóvenes que ven ya iniciado su credo poético.

Funda la *Revista de América,* de corta vida, pero de mucha estela. Y el año 1898, Rubén vuelve a España, esta vez como corresponsal de *La Nación.*

En España se ha iniciado una generación importante: la del 98. Rubén se relaciona con aquellos jóvenes que pugnan por hacer una literatura distinta. Conoce a Unamuno, a *Azorín,* a Valle-Inclán, a Antonio Machado. Siente una especial predilección por Juan Ramón Jiménez. Y se convierte, súbitamente, en el centro y guión lírico de España.

Por esta época, una tarde, paseando por los jardines del Campo del Moro —sierra velazqueña al fondo, acacias y rosales entre surtidores galantes— conoce a Francisca Sánchez, la hija de un guarda de los jardines, con la que inicia un idilio que durará varios años, fruto del cual será el niño enfermizo que arrancará del pecho del poeta estos versos emocionados:

Phocas el campesino, hijo mío, que tienes
en apenas escasos meses de vida, tantos
dolores en tus ojos que esperan tantos llantos
por el fatal pensar que revelan tus sienes...

Tarda en venir a este dolor a donde vienes,
a este mundo terrible en duelos y en espantos;
duerme bajo los ángeles, sueña bajo los Santos,
que ya tendrás la vida para que te envenenes...

Sueña, hijo mío, todavía, y cuando crezcas,
perdóname el fatal don de darte la vida
que yo hubiera querido de azul y rosas frescas...

Francisca Sánchez será, a su lado, en Madrid y en París, una sombra amorosa, un silencio cuajado de renunciamientos y entregas, «Princesa Paca» llamará Amado Nervo a aquella humilde mujer iletrada que tuvo el instintivo don de saber siempre perder.

Pasa a Francia para informar a los lectores argentinos sobre la «Exposición Universal» que se va a celebrar en París. Bohemia. Intima con Gómez Carrillo, con Manuel Machado, con Amado Nervo. Este último le describe así:

> Alto, robusto, inexpresivo, ojos oscuros, pequeños, vivos, nariz ancha, de alas sensualmente abiertas, barba y cabellos ligeramente rizados, manos de marqués. Parsimonioso y zurdo continente, hablar pausado y un *si es no es* tartamudeante, pero siempre ático y fino... Orgulloso, sibarita y *gourmet* de buena cepa. Solíamos regalarnos de ricos faisanes dorados, galantinas, trufas. Es bueno, es un niño, un niño egoísta o tierno, caprichoso o sereno, celoso de sus cariños, susceptible como una violeta... Un gran niño nervioso.

En septiembre de 1900 viaja por Italia. Siente el silencio y el fervor de los prados idílicos con *fraticellos* y campanarios de cenobios del *cuatrocento*. Besa la mano al Papa León XIII y llora, incontenido, de una gran emoción religiosa.

Bélgica, Alemania, Italia, Inglaterra, Austria y Hungría. Rubén va incorporando toda Europa a su poesía orquestal. Vuelve a España y realiza demorados viajes por la Península. Cada vez más sensitivo, más «niño nervioso», más tomado por el alcohol, reparte su vida entre Madrid y París.

Invitado por el Ateneo de Madrid a tomar parte en una sesión solemne, llega la víspera del acto sin que el poeta haya preparado nada. Y en una noche, memorable para la poesía castellana, escribe el poema «La salutación del optimista». La lectura es un acontecimiento lírico importantísimo. Y en el oído de los poetas jóvenes que le escuchan queda, como flotando, incisivo, insistente, el verso largo del gran poema, el ritmo anapéstico de «La salutación». El libro definitivo *Cantos de vida y esperanza* es publicado el año 1905; profundo, pleno, personalísimo. El libro más representativo de la obra total de Rubén. Y el más hispano: sensualidad y austeridad; abnegación y descaecimiento; idolatría y cristianismo.

En 1906 va a Río de Janeiro, como secretario de la delegación nicaragüense en la Conferencia Panamericana. Regresa a España y visita, por vez primera, Palma de Mallorca.

El año 1907 vuelve a Nicaragua y su visita levanta una verdadera apoteosis de entusiasmos. Y el 1909, el Gobierno nicaragüense le nombra su ministro en Madrid.

Otra vez España. Madrid. Puerta del Sol. Hotel París. La capital española le es ya familiar. Presentación de credenciales. Alabarderos de Palacio. Campo del Moro, con violetas húmedas y viejas evocaciones borbónicas. Carrozas doradas. Y en la Corte una reina joven, bellísima, desleída en nácares, que le impresiona vivamente. Vive Rubén en la calle de Serrano y luego en la de Claudio Coello.

De nuevo París: bohemia y desgana de todo. El año 1910 recibe el nombramiento de ministro extraordinario para asistir a las fiestas

del Centenario de México, a cuya capital no puede llegar porque ha estallado una revolución. Se detiene en Cuba y allí vive unos meses.

En París le proponen la dirección de la revista *Mundial,* y sus dueños, unos banqueros uruguayos, explotan su nombre y le obligan a viajes y banquetes, para conseguir publicidad. Rubén está muy enfermo del cuerpo y del alma, y un buen día logra escapar de los hermanos Guido, propietarios de la revista, y refugiarse en Palma de Mallorca en busca de paz y de salud. Enfermo y dolorido llega a la Cartuja de Valldemosa, donde el silencio del lugar le remueve los sentimientos religiosos más íntimos. «Tuvo —escribe uno de sus biógrafos— arrepentimiento y puso a los pies de Jesucristo su pobre alma acribillada de dolores y pecados...». «Un día quiso hacerse cartujo; otro día se confesó con un sacerdote y lloró arrepentido; una tarde yendo de Valldemosa a Palma, descendió de su coche, y de hinojos en el camino, rezó un Padrenuestro»... Y otro día, sobresaltado de eternidad, entre temeroso y esperanzado, escribió un poema impresionante que es resumen de aquel estado espiritual:

Este vetusto monasterio ha visto,
secos de orar y pálidos de ayuno,
con el breviario y con el Santo Cristo,
a los callados hijos de San Bruno.

A los que en su existencia solitaria,
con la locura de la Cruz y al vuelo
místicamente azul de la plegaria,
fueron a Dios en busca de consuelo.

Mortificaron con las disciplinas
y los cilicios la carne mortal
y opusieron, orando, las divinas
ansias celestes al furor sexual.

La soledad que amaba Jeremías,
el misterioso profesor de llanto,
y el silencio, en que encuentran armonías
el soñador, el místico y el santo,

fueron para ellos minas de diamantes
que cavan los mineros serafines
a la luz de los cirios parpadeantes
y al son de las campanas de maitines.

Gustaron las harinas celestiales
en el maravilloso simulacro,
herido el cuerpo bajo los sayales,
el espíritu ardiente en amor sacro.

Vieron la nada amarga de este mundo,
pozos de horror y dolores extremos,
y hallaron el concepto más profundo
en el profundo De morir tenemos.

El cantor de los Versalles galantes, las princesas Eulalias, las japonerías de imitación y los nelumbos orientales, sabe ahora meter el castellano en pardos sayales de austeridades y renuncias.

Sin voluntad, va y viene el poeta, como una hoja mecida por el soplo del destino. Barcelona, París, otra vez Barcelona. La enfermedad le va minando. En Cataluña le rodean los intelectuales del momento, entre ellos Santiago Rusiñol, Eugenio d'Ors... Francisca Sánchez y su hijo Güicho viven con él. 1914. Estalla la gran guerra. Rubén está agotado, pero aún intenta volver a América para dar una serie de conferencias en los Estados Unidos. En vano Francisca Sánchez quiere disuadirle. Un día, un día cualquiera, se marcha dejando a la amante y al hijo. Francisca le ve partir en el puerto barcelonés acaso repitiendo aquellos versos con que el poeta la había regalado en los días claros de amor y de esperanza:

Ajena al dolo y al sentir artero,
llena de la ilusión que da la fe,
lazarillo de Dios en mi sendero,
Francisca Sánchez, acompáñame...
... ...
Seguramente Dios te ha conducido
para regar el árbol de mi fe.
¡Hacia la fuente de noche y de olvido,
Francisca Sánchez acompáñame!

Pero ahora Rubén está lejos de aquella ternura juvenil que le despertara la moza castellana entre los jardines del Campo del Moro.

Las conferencias proyectadas no pueden celebrarse por el ambiente bélico, poco propicio a la literatura, que se respira en los Estados Unidos. Rubén llega a Guatemala, enfermo, arrepentido, muy tomado de Dios, y es allí adonde acude Rosario Murillo, su mujer. De vuelta a Nicaragua deciden operarle de cirrosis epática y a los dos días de la operación muere en León, oyendo aquellas campanas que tanto miedo le daban cuando era niño. Tenía cincuenta años y era el día 16 de febrero de 1916.

El obispo de León y varios sacerdotes amigos le auxiliaron en los últimos momentos. Su cuerpo descansa, ahora, en la catedral de León, de Nicaragua, la ciudad que guarda el perfil hispano con que la signaron sus fundadores.

☆

A través de la vida de Rubén Darío hemos ido viendo cómo el poeta se sintió americano universal con fondo de España, o español americano con fondo de universo. Toda Europa y toda América, con ensoñaciones de los cinco continentes, pasan por la vida y la obra del gran poeta. Pasan —decimos—; cruzan, vuelan. Sólo España permanece en él.

Por el mar vino a España y el mar se lo llevó para siempre. Mar de Hispania, mar de una hispanidad que él llegó a comprender, tarde quizá, pero acertadamente. Todos los coqueteos parisienses o versallescos caen, como una tramoya facilona, ante la presencia inenarrable del mar de España. El mar que le hizo desembarcar en Santander, buscar salud en Málaga o dialogar con Dios en Mallorca. Los litorales le atraían, por eso mismo, más que el interior, más aún que el Madrid cortesano que tanto amaba. Juan Ramón Jiménez lo ha dicho como nadie, con su lírica prosa incisiva y única. «El capricho de la onda incesante de las figuraciones —dice— trae a mi imaginación un Rubén Darío marino, salido quizá de la fotografía que me dio en Madrid... Un Rubén Darío con uniforme blanco, veraniego, de ¿capitán de navío?... ¡Cuánto he pensado que Rubén Darío era, no un lobo de mar, un raro monstruo humano marino, bárbaro y exquisito a la vez! Siempre fue, para mí, mucho más ente de mar que de tierra. Al paisaje polvoriento poco le sorprendí entregado; creo que no sentía bastante lo pedrero; la arena ya le encontraba la planta... Lo vi, mucho, tomando, con su whisky, mariscos. El mismo tenía algo de gran marisco náufrago. Y, sin duda, su instrumento sonoro favorito era el caracol. Su poesía ¿no es una cantata de caracol y lira?». Y aun añade: «Su palabra favorita, "archipiélago". Cuando se la decía hacia dentro, parecía que se la estaba engullendo como una docena de ostras, con gula de gigante marino enamorado...».

Y esa fuerza marina, casi cósmica, que había en él, le llevaba y le traía a España, ciegamente, frenéticamente, insospechadamente. Transfigurado de esencias marinas y españolas, supo escuchar, como nadie, el poderoso rumor del mar:

... y oigo un rumor de olas y un incógnito acento...

Lo evocamos ahora, en la celebración del centenario de su nacimiento. Lo evocamos como a algo más que a un poeta americano enamorado de lo nuestro. Porque el «Cisne de Nicaragua» fue, para nosotros, algo más que un cantor excepcional que sacara al diamante del idioma irisaciones irrepetibles. Fue también —y de aquí nuestro reconocimiento— algo que América nos devolvía después de cuatro siglos. La cultura que España había sembrado a través de los siglos en el Nuevo Continente tornaba a la península hecha música, entraña y ritmo, el año 1892, cuando Rubén pisó por vez primera tierra española. Nos devolvía América, con él, a los Gracianes, Teresas y Góngoras que nosotros le habíamos dado. Y el momento no pudo ser más propicio. España, de Norte a Sur, vibra emocionada en el IV Centenario del Descubrimiento. En La Rábida, a la orilla del agua sofocada, los pinos cascabelean y las palmeras parecen apresar, con sus manos nerviosas, el latido de un aire descubridor. Las olas llevan y traen no sabemos qué altos mensajes cuando de los nortes llegó el regalo que América nos hacía. Rubén, que ya había estado en El Salvador, en Chile, en Costa Rica, en Guatemala; que ya tenía una breve pero plural historia celeste de amor y de gloria, no se da cuenta todavía, al pisar «la cuna de la sangre», de que viene en viaje de retorno cultural. Un viaje de retorno que cuatro siglos de apretada historia hispánica clamaban y exigían.

Su segundo encuentro con España, en 1898, es ya más familiar, como más entrañable y entrañado. En Madrid está viva la generación de intelectuales que tomaría la nominación de este año de grandes males irreparables. España parecía compensar la mutilación atroz de sus colonias con estos hombres, llamados a darle muchos días de gloria intelectual: una larga y apretada lista que brota en esta hora de España, llena de cicatrices. Rubén Darío, sin proponérselo acaso, comienza a influir en la alta y fina sensibilidad de la mayoría de ellos. Sus palabras musicales, escogidas, consiguen ecos fervorosos en los diálogos dramáticos de Jacinto Benavente, en la prosa —pomo de lengua— de las *Sonatas* valleinclanescas, en los puros versos susurrados de Juan Ramón Jiménez o de Antonio Machado. Todo aquello se iba a llamar el modernismo, como contagio o continuación de un movimiento más general que había tenido un origen religioso en el centro de Europa. Aquel movimiento fue propagándose y ganando adeptos por todos los resquicios del arte y de la vida. Hay versos y prosas modernistas, pero también hay un estado del alma modernista —sentimiento, gusto, idea—, del que Rubén será ya para siempre cabeza visible, guión y estrella máxima.

Francia, Italia, España de nuevo..., Bélgica, Alemania, Inglaterra. Y otra vez Madrid. Ya siempre España, en mitad de todas sus rutas, en el centro mismo del corazón de su canto. Don Quijote, Goya, Cervantes y el Cid le inspiran hermosos poemas. Y un día escribe, como resumen de su hispánico fervor, la admirable «Salutación del optimista», en donde cada verso es como una gota de sangre enamorada y un grito insólito en el pesimista clima intelectual español:

Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda,
espíritus fraternos, luminosas almas, ¡salve!,
porque llega el momento en que habrán de cantar nuevos himnos
lenguas de gloria. Un vasto rumor llena los ámbitos: mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte,
se anuncia un reino nuevo, feliz sibila sueña,
y en la caja pandórica de que tantas desgracias surgieron
encontramos de súbito, talismánica, pura, riente,
cual pudiera decirla en sus versos Virgilio divino,
la divina reina de luz, ¡la celeste esperanza!

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio condenasteis el noble entusiasmo,
ya veréis el salir del sol en un triunfo de lira,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando
digan al orbe: la alta virtud resucita
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.

Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida.
Siéntense sordos ímpetus en las entrañas del mundo,
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra;
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se inicia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe. ¿Quién dirá que las savias dormidas
no despierten entonces en el tronco del roble gigante
bajo el cual se exprimió la ubre de la loba romana?
¿Quién será el pusilánime que al vigor español niegue músculos
y que al alma española juzgase áptera y ciega y tullida?
No es Babilonia ni Nínive enterrada en olvido y en polvo,
ni entre momias y piedras, reina que habita el sepulcro,
la nación generosa, coronada de orgullo inmarchito,
que hacia el lado del alba fija las miradas ansiosas,
ni la que, tras los mares en que yace sepulta la Atlántida,
tiene su coro de vástagos, altos, robustos y fuertes.
Unanse, brillen, secúndense, tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica.

Sangre de Hispania fecunda, sólidas, ínclitas razas,
muestren los dones pretéritos que fueron antaño su triunfo.
Vuelva el antiguo entusiasmo, vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego en esa epifanía.
Juntas las testas ancianas ceñidas de líricos lauros
y las cabezas jóvenes que la alta Minerva decora,
así los manes heroicos de los primitivos abuelos,
de los egregios padres que abrieron el surco prístino,
sientan los soplos agrarios de primaverales retornos
y el rumor de espigas que inició la labor triptolémica.

Un continente y otro renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos himnos.
La latina estirpe verá la gran alba futura:
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del Oriente,
Oriente augusto, en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita.
Y así sea esperanza la visión permanente en nosotros,
¡ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda!

«Todas las formas helénicas y latinas pasadas por la aduana de Versalles» —es frase de José María Pemán en un estudio sobre la creación y la métrica de la «Salutación»— le sirvieron a Rubén de raíl propicio para el gran canto a España. Su musa decadente y parnasiana se torna súbitamente civil y patriótica. El mármol se hace bronce. Y es que Rubén tenía, desde muy joven, guardada la alta nota bélica para ocasión propicia, y así, cuando en Chile, a los veinte años, se presenta a un certamen poético con un poema lírico y otro épico, es con este último con el que triunfa su juvenil empeño. El poema se titulaba: «Canto épico a las glorias de Chile». La oda «A Roosevelt», sus versos «Al rey Oscar», su «Cyrano en España», son poemas que están también en esta línea de poesía entera, en la que la «Salutación del optimista» ocupa un lugar señero y definitivo. Las levedades de sus *Prosas profanas,* las Eulalias y las Margaritas de sus versos versallescos y galantes, se truecan en los hexámetros fascinantes, con fondo de Virgilio, de la «Salutación», en los que la idea, el pensamiento, tiene su molde apropiado, ancho, clásico, romano, exuberante. «La seguridad olímpica» de la «Salutación» encuentra en los hexámetros el aliento estrófico preciso. El bloque psicológico encaja, armoniosamente, en el bloque expresivo, y la pasión hispánica tiene, en el amor por la palabra escogida, su lugar ético-estético mejor.

El milagro, ya lo vemos, se ha producido en España, al contacto con la cuna de la raza. Paisajes y figuras van pasando por sus ojos,

que ya sólo aciertan a retener lo español eterno. El poeta se ha encontrado a sí mismo y vive su hora máxima, su momento estelar. Siente su antigüedad junto al Mediterráneo —por el olivo y la vela latina—, y en Valldemosa oye el expresivo silencio cartujo que, al colarse en su canto, le hace hablar a Dios estremecedoramente contrito:

Darme otros ojos, no estos ojos vivos,
que gozan en mirar, como los ojos
de los sátiros locos medio chivos,
redondeces de nieve y labios rojos.

Darme otra boca en que queden impresos
los ardientes carbones del asceta,
y no esta boca, en que vinos y besos
aumentan gulas de hombre y de poeta.

Darme unas manos de disciplinante
que me dejen el lomo ensangrentado,
y no estas manos lúbricas de amante,
que acarician las pomas del pecado.

Darme una sangre que me deje llenas
las venas de quietud y en paz los sesos,
y no esta sangre, que hace arder las venas,
vibrar los nervios y crujir los huesos.

Nadie mejor que el propio Darío ha explicado el fenómeno de esta crisis espiritual. El había escrito: «Me he llenado de congoja cuando he examinado el fondo de mis creencias, y no he encontrado suficientemente maciza y fundamentada mi fe, cuando el conflicto de mis ideas me ha hecho vacilar, y me he sentido sin un constante y seguro apoyo.» Pero tras su experiencia de España, y hablando de su libro *Cantos de vida y esperanza,* escribirá años más tarde:

> El mérito principal de mi obra, si alguno tiene, es el de una gran sinceridad, el de haber puesto mi corazón al desnudo, el de haber abierto de par en par las puertas y ventanas de mi castillo interior para enseñar a mis hermanos el habitáculo de mis más íntimas ideas y de mis más caros ensueños. He sabido lo que son las crueldades y locuras de los hombres. He sido traicionado, pagado con ingratitudes, calumniado, desconocido en mis mejores intenciones por prójimos mal inspirados; atacado, vilipendiado. Y he sonreído con tristeza. Después de todo, todo es nada. Si es cierto que «el busto sobrevive a la ciudad», no es menos cierto que, en lo infinito del tiempo y del espacio, el busto, como la ciudad y, ¡ay!, el planeta mismo, habrán de desaparecer ante la mirada de la única eternidad.

Todos los prejuicios de escuela, todos los preciosismos, todos los caprichos prestados del siglo XVIII, las porcelanas de imitación y la jardinería oriental desaparecen ante la voz del poeta-hombre. «He aquí —dice— una historia llena de tristezas y de desilusión, a pesar de las primaverales sonrisas: la lucha por la existencia, desde el comienzo, sin apoyo familiar, ni ayuda de mano amiga; la sagrada y terrible fiebre de la lira; el culto del entusiasmo y de la sinceridad contra las añagazas y traiciones del mundo, del demonio y de la carne...; la simiente del catolicismo contrapuesta a un tempestuoso instinto pagano.»

Con *Cantos de vida y esperanza* se cumple el ciclo literario y humano del poeta. Los *Cantos de vida y esperanza* le muestran ya, muy a la española, nostálgico de gloria, cristiano y español hasta la médula. La experiencia le ha convencido. Estos *Cantos* son la plenitud de su corazón; son España y él fundidos en un abrazo lírico. Aquella España que buscara de niño, instintivamente, en los libros de Lope de Vega, de Cervantes, de Gracián, de Fray Luis, de Teresa... Una España que le duele ya en el costado mismo de su destino de poeta. La curva simbolista —Rostand, Baudelaire, Mallarmé, Verlaine— no le afecta más que en lo externo. En el fondo, la hispanidad vibra hecha huracán lírico, y se alza, en cada sílaba, para gloria de su verbo encendido. Y es ahora cuando comprende del todo a la América española, porque Rubén Darío —ya lo dijo Rodó— no había visto, no había sabido ver la pampa, ni el trópico, ni la cordillera andina. Y aquí, en la vieja tierra hispana, trocó fervor y desvelo por profundidad y trascendencia, y, a cambio de corazón y fiebre lírica, recibió idioma, sentido genésico originario de lo racial.

Y aún hay, en este trueque de amor, algo más que marcará al poeta para la eternidad: Rubén le devolvió a España cuatro siglos de cultura española, pero España, en este reencuentro anhelante, le hizo el regalo de Dios.

GINÉS DE ALBAREDA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas
Serrano, 117
MADRID